

porta: la satisfacción que engendra el deber cumplido será vuestro premio, y los hombres sanos, los hombres buenos, reconocerán la alteza de vuestras miras; y si esto no os basta, pensad en que vuestros hijos y los que á ellos sucedan, al contemplar el monumento por vosotros erigido, encontrarán en él provechosa enseñanza y saludable estímulo para practicar el bien. El hombre, no lo ignoráis, rara vez procede por espontáneo impulso y sin ulteriores miras. La ingratitud que sospecha y á la que no se habitúa, por más que á cada paso la encuentre en su camino, le retrae de ejecutar nobles acciones; endurece su corazón y le hace egoísta. Además, como uno de sus mayores anhelos es no morir todo entero, como dijo el poeta, reconforta su espíritu el ver cómo la sociedad perpetúa el recuerdo y aun la imagen de aquellos que sobreponiéndose á todas las miserias que en el mundo anidan, halla en el ejercicio del bien luz que guíe sus pasos á la inmortalidad que ambiciona.

Ha dicho la sabiduría persa en uno de sus conceptuosos proverbios: "Para que crezca el mérito, sembrad las recompensas." Vosotros que comprendéis toda la verdad que encierra ese pensamiento, recompensáis hoy el mérito y lo glorificáis á los ojos de la actual y de las venideras generaciones. Sabéis que levantar el pedestal de las famas merecidas, sobre las ruinas de las reputaciones usur-

padas y de las mentidas glorias, es—como lo ha expresado ya un escritor eminente—una empresa providencial que Dios quiere que se cumpla, y colocáis por eso en firme pedestal la estatua del hombre que consagró los mejores años de su vida á esta ciudad, que aunque no le sirvió de cuna, fué de él amada con la infinita ternura de que su corazón era fuente inexhausta; del hombre que aun los pseudo-filósofos que desdeñan pronunciar la palabra caridad llamarán cuando menos altruista, y verán en él á la más genuina encarnación del ciudadano útil á su patria.

Pueden el irreflexivo entusiasmo ó la pasión de partido acordar honores en determinado momento á un personaje, viviendo éste, ó á raíz de su muerte, y provocar con la discusión de sus merecimientos la censura de los móviles que impulsan á los que lo enaltecen, y por último la desaprobación de la sociedad que razona fría y desapasionadamente; pero nada de esto acontece cuando, como hoy, ni se esperan beneficios ni se temen iras y venganzas; cuando, como hoy, hombres de credos divergentes sancionan, por decirlo así, lo que varias generaciones habían decretado, lo que el tiempo en vez de borrar ha esclarecido: el reconocimiento de la virtud y de la caridad del modesto sacerdote D. José Nicolás del Llano, que hizo el bien por el bien, sin que jamás hubiese,—cierto estáis de ello,—ambicionado ni los aplausos de sus

contemporáneos ni los laureles de la fama póstuma. Eran tan grandes su desinterés y su modestia, tan espontánea su bondad, tan fervorosa su dedicación á mejorar la condición de los demás, que si le fuera hoy dado presenciar los honores que se tributan á su memoria, los agradecería no porque halagaran su vanidad, sino porque á su penetración no podía ocultarse que muchos para cumplir con el deber necesitan el poderoso estímulo que despiertan, como os he demostrado ya, las mundanas recompensas.

Si á medida que los años avancen crece vuestra prosperidad, como hay razón para esperarlo, embelleced vuestra ciudad con otros monumentos semejantes al que hoy por vez primera ha servido de dosel vuestro hermoso cielo. Nada hay tan educativo, tan ejemplar, como una obra de este género. Aquel que se detiene á contemplarla, movido tal vez por mera curiosidad, acaba por conformarse con el placer que la obra de arte proporciona, y busca en la autoridad de los escritores ó siquiera sea en la tradición oral, la justificación de la honra otorgada. De ahí nace el despertamiento de otras ideas, el amor al estudio de la historia y la reverencia á los hombres grandes y generosos; de ahí la comunión del espíritu del extranjero con el espíritu del hijo del pueblo que aquel visita; de ahí que se abran nuevos y más amplios horizontes á la gloria de los que han contribuído

al mejoramiento social; de ahí que traspasen las fronteras de las naciones los hechos que de otra manera quedarían circunscritos al estrecho, al limitado espacio en que se desarrollaron. Y como la grandeza y la importancia de un pueblo no pueden apreciarla los extraños si no es conociendo hasta dónde son sus hijos superiores en las múltiples manifestaciones del saber, de la inteligencia, de la virtud, de su tendencia al progreso, de su amor al arte, de su culto á lo bello y á lo bueno, comprenderéis, sin que tenga que esforzarme en demostrarlo, que la más ardiente aspiración de un ciudadano deba ser el presentar á los ojos del mundo los títulos que al respeto de los demás tiene el lugar en que se meció su cuna. Esos son los blasones que con orgullo legítimo ostentan hoy las ciudades en sus grandes monumentos, en las estatuas de sus próceres; esa es la nobleza incontestable de los pueblos bañados por los indeficientes resplandores de la civilización.

Permitidme que os recuerde algo que habéis sentido y que sin embargo habéis callado. Cuando en alas del vapor ascendéis á la cima de las elevadas montañas á que hasta hace pocas décadas á las águilas tan sólo era dado llegar, y encontráis fácil camino merced á la ingeniería moderna para ir á la Mesa Central y al hermoso valle de México, ¿no es verdad que echáis de menos allí, junto al maravilloso panorama espléndido,

imponderable, una estatua, una lápida siquiera que recuerde el nombre del ingeniero ilustre al que es debido el trazo de la vía magnífica que recorréis temiendo tocar el cielo y elevando un himno á la inteligencia del que realizó la titánica empresa de tender una cinta de acero al borde de los abismos, para conducir y para transportar millares de millones de kilogramos de los productos de vuestra industria y de los frutos de vuestra tierra? ¿No es verdad que pugna por salir de vuestros labios al propio tiempo que el nombre de Buchanan, amarga y justísima censura del olvido en que se le ha dejado? Pues bien, eso os demuestra que hay algo en esta baja tierra superior al egoísmo y á la ingratitud; que todo lo que es grande merece loor, galardón, aplauso que no se apaga, inmortalidad, es decir, recuerdo sin cesar renovado, reconocimiento que no se calla sino que se proclama en ecos sonoros que repercuten á través del tiempo y del espacio.

Habéis pagado vuestra antigua deuda al benefactor magnánimo de Orizaba, y si en lo porvenir la pagáis á vuestros poetas y publicistas, á los que han fomentado la cultura intelectual y al que abrió el camino de vuestra prosperidad material, os haréis acreedores al mejor y más duradero de los aplausos.

Podéis estar satisfechos y tranquilos. Satisfechos, porque el monumento del Sr. Llano pregona

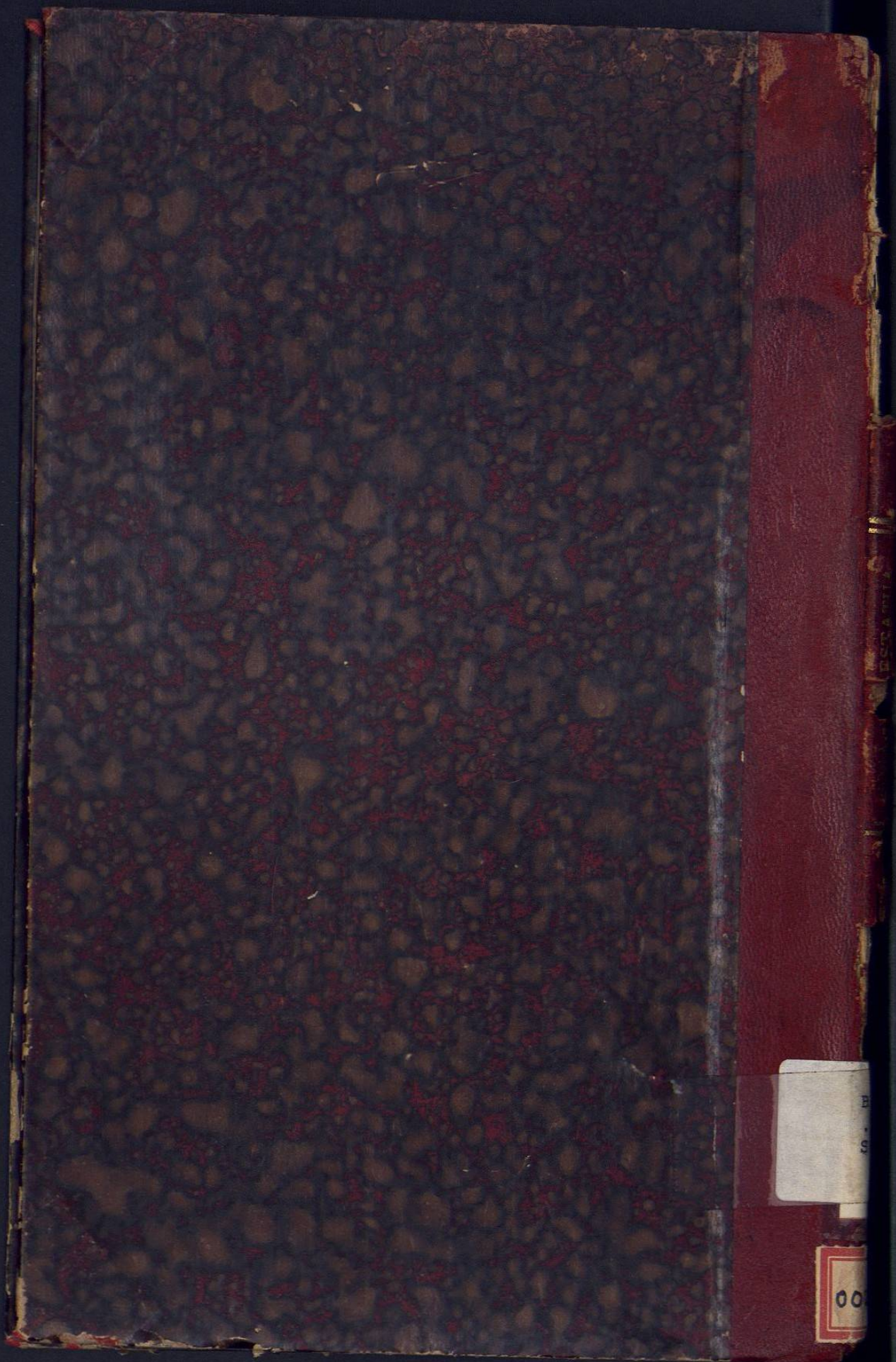
que no sois ingratos; tranquilos, porque las armas de la maledicencia se embotan al pretender herir á los hombres que gozan merecidamente del respeto y de la estimación de sus conciudadanos. La conciencia ilustrada de los pueblos jamás deja de cumplir la divina ley de la justicia distributiva, y con inapelable fallo da á cada uno aquello de que por sus obras es digno. El tiempo que todo lo acrisola y todo lo destruye, menos lo que es verdaderamente grande, se ha encargado de consagrar los merecimientos del bienhechor de Orizaba, como lo prueba el hecho de que lejos de entibiarse la gratitud pública, hoy, después de medio siglo y después de vencer todo género de obstáculos, resurge ante vosotros la noble figura del caritativo cura de almas, en magnífica estatua modelada años há por uno de nuestros mejores artistas. Cuando el viajero la contemple, inquirirá quién fué ese sacerdote cuya bondad resplandece en el bronce de su monumento, y al conocer sus ejemplares acciones bendecirá, como vosotros, la santa memoria del P. Llano, y al abandonar vuestra hospitalaria tierra dirá por donde quiera que vaya: he morado en una de las ciudades más bellas, más cultas, más industriales y más agradecidas de la Nación Mexicana. He contemplado con arrobamiento la exuberante vegetación del hermoso valle en que se asienta; he sentido palpitar la vida moderna, la vida del trabajo, en sus numerosas fábricas; he

cultivado el instructivo trato de sus escritores, he comprendido al detenerme ante sus monumentos, que la virtud y el mérito alcanzan allí eterno galardón, y me he alejado con tristeza de esa ciudad, en la cual el hogar ha de ser seguramente el santuario en que se practica el culto de lo que es verdaderamente hermoso, verdaderamente puro.

He ahí, señoras y señores, por qué os he dicho, y por qué os repito al descender de esta tribuna, que debéis estar satisfechos.

Diciembre de 1898.





B
S

00